

Fer Alcalá
Geòrgia Costa

Nessa princesa 4

Concurso
de talentos



María
Serrano

TINTA

Ser princesa es difícilísimo.

¿No me crees?

¿De verdad que no?

¡Anda! ¡¿Y por qué iba a mentirte?!

Te lo prometo, es supercomplicado. Incluso yo, que solo soy princesa de Botonia, el país más pequeño del mundo, siempre ando metida en líos, en problemas, en entuertos y aventuras...

Resulta que las princesas, y los príncipes también, claro, tenemos que aprender un montón de cosas para ser buenos monarcas en un futuro. Y es en la Academia Internacional para Príncipes y Princesas de Botonia donde nos enseñan esas cosas.

Cuando comencé a estudiar allí, lo pasé un poco mal. ¡Nadie era como yo! O, mejor dicho, yo no era



como los demás. Por suerte, pronto hice un montón de amigos y ahora me encanta mi escuela. La academia está en el antiguo castillo de mi familia y es enorme: tiene torres, salones de baile, salones de té, establos, calabozos... ¡Cuenta hasta con un foso lleno de cocodrilos! Allí nos enseñan cosas normales como lengua o matemáticas, pero también recibimos clases de Protocolo, de Historia de la Realeza... Incluso, una vez a la semana, el profesor Fontrapp imparte una sesión de Psicomotricidad Real.

Suena superraro, ¿verdad? En realidad no lo es tanto. Las clases de Psicomotricidad Real se parecen mucho a las clases normales de Educación Física, excepto en que el profesor Fontrapp también nos enseña cosas de reyes, tipo desfilar y saludar al mismo tiempo o montar a caballo mientras te pintan un retrato.

¡Ah! Y una vez nos llevó de acampada. Lo pasamos superbién. Aunque... ¿te acuerdas de la que se lio en aquella ocasión?

Espera un momento... ¡¿No lo recuerdas?! ¡Pero si fue tremendo!

Sí, eso de que nos perdimos y...

¿No? ¿De veras?

¡Te lo cuento enseguida, no te preocupes!





1

LA MOCHILA

Como te decía, un día el profesor Fontrapp organizó una acampada para todos los príncipes y las princesas de la academia.

El día de la excursión, mi padre entró en mi cuarto.

–¿Todavía preparando la mochila? ¡Pensaba que ayer la habías dejado lista!

–Es que me he dado cuenta de que me falta una cosa...

Mi padre tenía razón. El día anterior había dejado la mochila preparada, pero se me había olvidado una cosa importantísima: ¡mi multikit de acampada!

Imagino que te estás preguntando: «¿Y qué es un multikit de acampada?». Pues una especie de navaja suiza, pero con cosas para acampar. El multikit tenía una linterna de emergencia, varias cuerdas, una brújula, un pedernal para encender fuegos, un juego de cartas y hasta un altavoz y un micrófono para cantar karaoke.

Solo tenía un problemilla. En realidad, un problemón: la mochila estaba tan llena que no cabía ni un alfiler.

Crucé los brazos, pensativa, y me senté sobre ella. Traté de apretar y apretar para hacer un poco de hueco, pero entonces me di cuenta de que las costuras estaban a punto de reventar. ¡Qué mal!

–Oye, Nessa... –dijo mi padre con cautela.

–¡Espera, espera, estoy pensando!

–Nessa...

–¡Un momento!

Ya sabes que a mí, cuando me daba por pensar, me daba MUY FUERTE.

Entonces mi padre me dio dos golpecitos en el hombro. Cuando me di la vuelta, tenía algo en la mano: ¡un llavero! Al principio no entendí por qué me lo daba, pero entonces mi padre enganchó una de las esquinas del multikit al llavero, y el llavero a una de las correas de la mochila. ¡Listo!

–A veces –sonrió mi padre–, las soluciones más simples son las mejores, ¿no crees?

¿Sabes qué? Tenía toda la razón.

En cuanto mis padres y yo llegamos a la academia, ya estaba dando saltitos de la emoción. Podía



imaginar las tiendas de campaña al lado del río, las fogatas, las canciones de campamento, los juegos... ¡Qué ganas! Me despedí de mis padres con un beso y un abrazo, y corrí hacia mis amigos Lin y Armando, que...

–Un momento... –Me detuve, extrañada.– ¿Dónde están vuestras mochilas?

Armando y Lin se miraron, confusos.

–¿Qué mochilas? –preguntó Armando.

Señalé la bolsa que llevaba colgada de la espalda.

–Pues... para la acampada, ¿no? Con la tienda de campaña, la ropa...



Lin frunció el ceño. Niko, su gato guardaespaldas, olisqueó mi equipaje con desdén.

Miré a mi alrededor. Detrás de nosotros, Ambrosio, uno de los mayordomos de Armando, cargó en el autobús una maleta estampada con la bandera del reino de Gresca, de donde era príncipe mi amigo. Malia, princesa de Luxemburgo, llegaba acompañada de cuatro porteadores, cada uno con un baúl en una carreta. Y, más allá, había un coche pintado de los colores de Yukei, el reino de la princesa Remilga y del príncipe Ascanio, arrastrando un remolque enorme. Las maletas de Lin, del color rojo de Kitaipón, las llevaba un





robot con el cuerpo en forma de pelota y dos brazos acabados en pinzas.

¡Yo era la única que tenía una simple mochila!

Sin embargo, no pude protestar. En ese momento llegó el profesor Fontrapp con su silbato.

–¡Piiiiiii! ¡Piiiiiiiiiii! –El profesor Fontrapp amaba su silbato por encima de todas las cosas.– ¡Todo el mundo listo! ¡En marcha! ¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

A decir verdad, la única cosa que el profesor Fontrapp amaba más que su silbato era hablar a gritos.

Nos montamos en el autobús de la academia. Menudo espectáculo: detrás del autobús marchaba un verdadero desfile de coches, autocaravanas, minibuses y camionetas. Incluso, rodando sobre su cuerpo en forma de pelota, nos seguía el robot de Lin... Sin embargo, no me desanimé: seguro que, en cuanto llegáramos al lugar de la acampada, todo sería mucho mejor...